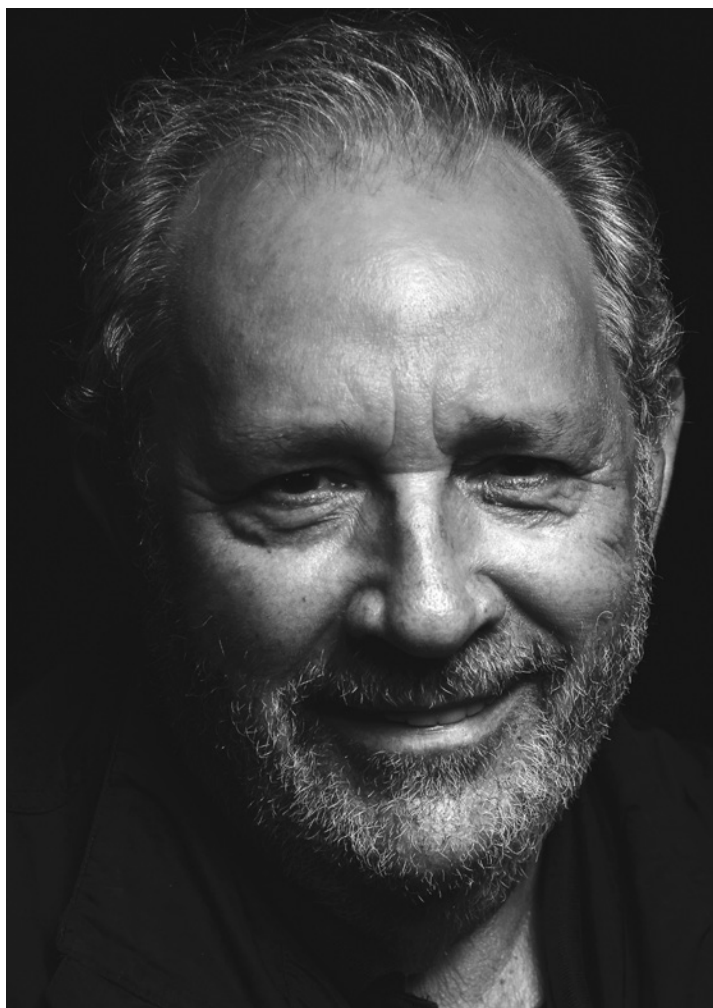


Antonio García Barbeito

El toro en la palabra

Dibujos y acuarelas de Francisco Somoza





Fotografía: Jaime Rodríguez

Antonio García Barbeito
El toro en la palabra

Dibujos y acuarelas de Francisco Somoza

algaida



Dibujos y acuarelas: © Francisco Somoza

Prólogo: © José Ribagorda

© Antonio García Barbeito, 2023

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-835-1

D.L.: SE. 203-2023

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Prólogo

LA TAUROMAQUIA ADQUIERE tintes literarios inauditos en este bellissimo tratado de emociones, *El toro en la palabra*, de Antonio García Barbeito. Pocas veces «el arte de Cúchares» se transforma en una estética lidia frente las astas de la palabra que, con magistral soltura y elevándose sobre lo mundano y lo terrenal, lleva a cabo este virtuoso poeta contemporáneo. García Barbeito dibuja en el ruedo del esplendor lexicológico una onírica faena literaria. El autor plasma en el albero del papel poéticas chicuelinas y vistosas verónicas de una rítmica y acompasada prosa. Y lo hace para loar, con enorme originalidad, elegancia y sutileza el arte de la lidia y el rico universo lingüístico y simbólico que conforma tan patria y arraigada identidad.

No hay margen para el desafecto, ni tampoco para la réplica ante el torbellino palabreril que encierra lo taurino. Alguacilillo, chiquero, capataz, apoderado, subalterno y maestro, paseíllo y montera, bravura y clarín, solisombra y embestida, tendido y talanquera o manos que flojean. La tauromaquia se transforma, a través de la ágil y versátil mente de García Barbeito, en reliquia literaria. El toro es puro lenguaje. No hay nada que genere nomenclaturas, dichos o reflexiones tan lúcidas como las que recopila el autor en este *El toro en la palabra*. Como bien dice García Barbeito «al prohibir la Fiesta Nacional desmochan palabras, afeitan verbos, mancuernan frases e hierran con olvido términos riquísimos».

Hay belleza, enormes dosis de belleza, en unos textos dominados por la pasión que el autor demuestra por la fiesta. Conmueve cuando dota de voz y pensamiento al toro y poniéndose en su piel consigue que la fiera nos diga: «Soy un vino de sangre y de misterio». Lo mismo cuando el morlaco afirma: «Soy el toro de España, el bravo que ha creado a su alrededor un mundo donde tiemblan la espada y las encinas» o al asegurar, también, el fiero animal: «Soy más inmortal cuanto más muero». García Barbeito pone en la boca del toro unas reveladoras palabras: «Llevo un lenguaje sostenido en mi frente». Y ahí está y radica su enorme mérito, el de haber recreado, con una luminosa poesía y una profunda prosa, la simpar nomenclatura de la tauromaquia de todos los tiempos.

Una tauromaquia que ama y glosa a través de totémicos lidiadores como Juan Belmonte, el «de los terrenos prohibidos», el inteligente matador que soñó nuevos caminos, inexplorados hasta entonces, para trazar el toreo. El mismo que predicó la teoría de la cercanía y la quietud en los desiertos de arena. Toreros, como Fernando Cepeda, al que el autor reconoce que, en algún momento, le recordó que no daba verónicas, las hacía. Un diestro que conseguía que el tiempo se muriera de viejo en sus manos. O como el rondeño Antonio Ordoñez, el de la «Ronda de machos», el de la «Ronda de piedras», o el maestro Curro Romero, al que otorga el privilegio de instaurar un credo taurino. También evoca a Espartaco, quien se fue a seguir triunfando con el toro del tiempo, y a Morante de la Puebla, torero de improvisada magia y de inexplicable estilo «máximo exponente de la alta Gracia del toreo».

No desdeña García Barbeito la exaltación del rejoneo:

*La tarde viene montada
sobre un gallardo braceo.
A caballo va el toreo
adornado de rehiletos.
En el ruedo, tres jinetes
encumbran el rejoneo.*

Tampoco el lado más trágico de la Fiesta. En sus coloristas reflexiones está presente la sangre, hasta el punto de preguntarse si es posible una vida sin sangre y evoca, con enormes dosis de sentimiento y pesar, dramas vividos en los ruedos en los que «la puerta grande daba al cementerio». Joselito *El Gallo*, Manolo Granero, Ignacio Sánchez Mejías, Pascual Márquez o Manolete y sus verdugos, *Bailaor, Pocapena, Granadino, Farolero, Islero*.... desgranan *quejíos* emocionados del autor que nos recuerdan ese ritual de vida y de muerte que encarna por sí misma la tauromaquia.

Y todo, absolutamente todo, lo escribe García Barbeito envuelto, embadurnado de Sevilla... y de Maestranza... y de Ronda... y de Semana Santa. Paseílos elevados a la condición de pasos de nazarenos, «tardes de Dios», llega a decir en una especie de éxtasis literario, espiritualidad, que percibe en todo momento el autor elevándose a los cielos desde el albero.

Sobrecoge, casi a modo de epílogo, el íntimo diálogo que el autor establece con el toro y el misterio. Mi memoria, dice, «es una ganadería, una imaginada bravura, un presentido temblor». Aquellas siete cabezas de toros desorejados con sus ojos de cristal muerto que tanto le impresionaron en el viejo caserón de Carancha. Los bueyes que tiraban de los Simpecados del Rocío. Aquellas tardes primaverales de crío convertidas «en una corrida donde

se lidiaban los primeros juegos del sueño y del amor» y sus impresiones de una tarde de toros en la que recuerda al morlaco que en la plaza estaba su destino para «hacer de tus astas el par de pinceles sin el cual no podríamos acabar de pintar un arte que ha ido depurándose en el lienzo de la luz de España».

De ello, de pintar, se ocupa un humanista, el eminente arquitecto zamorano Paco Somoza, que ilustra este torrente taurino y emocional de García Barbeito. Somoza interioriza magistralmente la luz que emana de los párrafos del autor para traducirla en los mil colores de su paleta de acuarelas. El pincel de Somoza se fusiona con el sentimiento esculpido en los textos para que podamos visualizar el universo sensorial que se percibe en una plaza de toros.

Somoza, admirador profundo de la tauromaquia y su singular estética, se pone el mundo por montera y entra al trapo con los apuntes que ha ido efectuando en su devenir por las plazas de toros. Lo hace con el virtuosismo pictórico que emana de sus pinceles y el conocimiento exhaustivo que tiene de cada lance de la lidia. Detalles de una palpable y bella plasticidad que complementan a la perfección el conjunto de la obra.

Antonio García Barbeito y Paco Somoza. Buena faena, amigos y compañeros del alma...

JOSÉ RIBAGORDA

Otra pasión

A Antonio Gardel

I

Es la misma ciudad, la misma gente,
pero ya es otra la pasión que empuja,
y el aire —el mismo— de otra forma embruja,
pagano donde ayer fue reverente.

Olvida la ciudad; se hace presente
toda. Y va y gira en torno de una aguja
—el toro— que convoca y arrebuja
para hacerla la misma y diferente.

La banda que tocaba tras los Cristos
tiene en las partituras ya previstos
pasodobles de arte y torería.

La ciudad que rezaba entre varaes
reza por seis o siete naturales,
«devota de Frascuelo y de María».

II

La misma pluma que llenó el tintero
de incienso y azahar y algo de cera,
se ha saltado el tintero a la torera
para cantar la gloria del torero.

¡Hay tanto parecido entre el plumero
de un *armao* —ay, Roma callejera—
y el de un alguacilillo que acelera
el trote del caballo hacia el chiquero...!

El viva es ole y la iglesia es plaza.
Todo para su todo se entrelaza.
Y aunque no es Jueves Santo, la mantilla...

Ni drama, ni sainete, ni comedia.
Es ya Resurrección. Las seis y media.
Y han cambiado los pasos de Sevilla...

III

El capataz es un apoderado,
y pasó a subalterno el contraguía;
ejerce el mozoespadas su priestía
al pie de su maestro, preparado.

El suave terciopelo con bordado
que en sagradas imágenes lucía,
ahora es seda bordada en fantasía
que viste a un dios de reino limitado.

«Poco a poco» fue ayer; hoy, «más despacio»,
pero todo se mueve en ese espacio
donde lo exacto vive sin medida.

Ni veinticuatro horas las separan.
Pero las dos pasiones acaparan
la sevillana concepción de vida.

IV

Y la pasión tan carpetovetónica
—en una *levantá* o en un desplante—,
y ese grito, «¡El izquierdo por delante!»,
y el mismo nombre para la verónica.

Y la encendida tinta de la crónica,
el dilatado tiempo de un instante,
lo justo, lo difícil, lo importante,
y que se cuenta con razón ucrónica.

Y la cadencia de una bambalina,
y el remolino de una chicuelina,
y gotas de sudor, gotas de cera...

Y el paseillo, y los nazarenos...
Distintos, pero hermanos los terrenos.
Todo es posible aquí en la primavera.

V

La alpargata es zapatilla
y el costal es la montera,
pero el cambio, a la manera
que hace los cambios Sevilla.
Impertérrita, acaudilla
la multitud de su gente.
Taurino es el penitente
que camino de los toros,
en ese cambio de oros,
hermana lo diferente.

VI

No le busque la razón
a tan distintas pasiones.
Ni se dé a la reflexión
para entender inflexiones.
Que, en Sevilla, las razones
están en el corazón.



Abril

A Pepe Romero José

Potro de luz azul, abril bracea
orgullosa del alba a los rescoldos
que en la tarde se apagan por poniente.
Abril va haciendo suya cada cosa;
abril manda en abril con voz de oro;
abril viene seguro de esas manos
que vienen como llaves, y las puertas,
que estaban oxidadas de clausura
con pestillos de gris y chaparrones,
se le abren al paso, tan felices,
de ceder su enquistada cerradura.
Abril pega carteles por las calles
con engrudo de fiesta, y las esquinas
sueñan con ser cadera para un quiebro
donde baile mortal la chicuelina,
o gobiernen las medias impecables
de esa inexactitud que cuadra siempre,
cuando ajusta sus cuentas la verónica.
Todo es abril por este abril que viene
encastado de abril, abril entero.
Ese sol no es prestado, es la moneda
con que apalabra abril sus territorios.
Huele a miedo la brisa de las seis,
y a expectación, a gloria que parece.
El viento del clarín sale mordido
de un capricho de llaves que les cambian
el tercio a los sonidos. Sol y moscas.
Tres dioses con escamas ya caminan

—gañafón a la seda y al mal trago—
sin saber qué oleaje les espera
cuando a un mar de bravura, bien armado,
le dé por la pleamar de la embestida.
Todo es abril por el abril que viene
a no ceder un palmo de terreno,
ni a marcear ni a mayear un punto,
que abril viene de abril y abril se quiere
quedar hasta que abril cumpla su tiempo.
Anda ahí, repintando los percales,
para que el cuerno suene como algo
que parece romperse y no se rompe.
Anda ahí, en las tinajas donde espera
el tinte que enrojece las franelas.
Anda ya por ahí, afilando estoques,
curvándolos lo justo, señalando
el sitio en los morrillos donde duerme
la gloria del final, ese momento
del trazo que rubrica una faena
o borrajea como pluma coja
que tropieza en el hueso —mala firma—
y deja en el contrato de la tarde
un taurino revés de ortografía.
Viene de lleno circo en solisombra;
viene con sus banderas que se sueñan
desmayadas, mirando los vencejos,
allí donde el tejado es un frustrado
intento de suicido en los aleros.
Viene abril de abanicos y viseras,
viene pidiendo agua en el segundo,
veedor de dehesas amarillas
que descubre una mano que flojea,
unos cuartos traseros que no pueden,

o la estampa sin mácula de un toro
que despierta un murmullo en los tendidos,
admiraciones en voz baja. Y viene,
por venir, este abril que ya ha cumplido
cuatro yerbas de sol en sus costados,
a colgar farolillos en el aire
y a frutar filamentos en la noche.
Esperanto de fiesta, vino y tapa,
toro, pasión, caballo y hermosura,
abril platica. Y enmudece el mundo.



Acuarelas
de Francisco Somoza







